

Diferenciación y contingencia en América Latina.

Aldo Mascareño (2010). Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

*Omar Aguilar Novoa**

Una de las autocríticas que ha realizado buena parte de la sociología latinoamericana ha sido la de cierta falta de originalidad en la producción científica e intelectual que pareciera haber tendido a reproducir o a transferir a esta región del mundo, teorías y enfoques producidos en sociedades muy distintas a las nuestras. Se suele señalar que eso fue lo ocurrido con algunos enfoques y teorías como el marxismo y la teoría de la modernización, entre otras, que intentaron describir las sociedades latinoamericanas mediante conceptos como modo de producción capitalista, sociedad tradicional o sociedad moderna.

Quienes suscriben esa autocrítica suelen señalar a la teoría de la dependencia como uno de los pocos ejemplos, sino el único, de una producción teórica propia, original y adecuada a una realidad como la que encarnaban las sociedades latinoamericanas a fines de los años sesenta o comienzos de los setenta del siglo pasado. A su vez, se ve en ella no solamente una teoría genuinamente original y propia, sino que también un buen ejemplo de cómo se puede romper con una forma de dependencia que no sería sólo económica o política sino también intelectual. De algún modo, los denominados estudios poscoloniales han creído ver la necesidad de romper con ese tipo de dependencia que tiende a imponer, a través del uso de categorías y conceptos, una particular forma de dominación que impediría poder siquiera ver las reales formas en que opera una subordinación que no parece haberse acabado con los procesos de descolonización que tuvieron lugar en países de Asia, África y América Latina.

Cabe preguntarse si acaso la teoría de la dependencia, o los propios estudios poscoloniales, constituyen el mejor ejemplo de pensamiento genuinamente original y genuinamente 'latinoamericanista' o 'tercermundista'. Resulta difícil pensar en algo así como una denominación de origen en el campo de la ciencia. Ello, no sólo por la dificultad obvia de poder llegar a determinar con cierto grado de certeza el origen de cada una de las ideas que hay tras una determinada construcción

* Universidad Alberto Hurtado. Correo electrónico: oaguilar@uahurtado.cl.

teórica sino además porque la ciencia en su desarrollo tiende a rebasar los límites de las rígidas unidades regionales que sirven de referente para afirmar el carácter original de una teoría.

Por otro lado, cabría preguntarse también si acaso pensadores como José Carlos Mariátegui o sociólogos como Gino Germani pueden ser señalados como simples divulgadores o utilizadores de la obra de Marx o Parsons, respectivamente, o si se trata de intelectuales que simplemente produjeron ideas carentes de originalidad e inadecuadas para la comprensión de las sociedades latinoamericanas.

En este sentido, ¿cuáles son los criterios que permitirían poder distinguir entre una teoría genuinamente original y una teoría genuinamente autóctona, de una que no lo es? ¿Y qué relevancia tendría eso para el propio desarrollo de la ciencia? La universalidad del conocimiento científico y su despliegue allí donde la curiosidad e interés de los científicos encuentra condiciones adecuadas para poder hacerlo sin que estas necesariamente tengan que coincidir con límites geográficos o políticos, hace dudar de los intentos por establecer el grado de originalidad de una teoría cuando esta se tiende a identificar con su pertenencia regional, geográfica o política.

Al respecto, el libro *Diferenciación y contingencia en América Latina*, de Aldo Mascareño, doctor en sociología por la Universidad de Bielefeld, podría ser visto como un blanco fácil para quienes creen ver falta de originalidad en la producción teórica de la sociología latinoamericana o evidencia de dependencia intelectual. Ello, porque se trata de un libro que si bien tiene como tema a América Latina, se aproxima a ella desde una de las teorías que provoca mayor rechazo entre los científicos sociales e intelectuales críticos: la teoría de sistemas en la versión que de ella hizo el sociólogo alemán Niklas Luhmann.

Y aunque no se trata de aquellas expresiones más vulgares de la teoría de sistemas, que fueron ampliamente utilizadas en campos como la administración, la sociología de las organizaciones o la ciencia política, comparte con aquellas la desconfianza que genera el propio concepto de sistema como propuesta interpretativa de la sociedad. Además, se trata de una teoría que posee un mayor nivel de generalidad y un mayor nivel de abstracción que sus antecesoras. Si a eso se suma el hecho de ser una teoría originalmente desarrollada en Alemania por un sociólogo que ha sostenido un concepto radicalmente antihumanista de sociedad y que ha señalado que la sociología y los sociólogos no tienen nada que enseñarle a la sociedad sino más bien son estos los que han de aprender de aquella, se comprenderá por qué el libro de Mascareño podría ser visto como la expresión del tipo de teoría de la que la autocrítica sociológica busca distanciarse.

Sin embargo, lejos de ser una simple reproducción de ideas ajenas a nuestra realidad, el libro constituye probablemente uno de los pocos intentos por hacer de la teoría de

sistemas un instrumento útil para la descripción de esta región de la sociedad mundial a la que se le han atribuido rasgos particularistas que parecieran inmunizarla contra los intentos interpretativos de teorías provenientes de Europa o Estados Unidos.

El libro de Mascareño no ha seguido una senda fácil en lo que a producción científica se refiere. Como he dicho, no se trata simplemente de un libro de divulgación de teoría ni tampoco de un libro que haga muchas concesiones al tipo de lector que busca más bien una guía o una introducción que lo acompañe por los complejos laberintos de la teoría sistémica de la sociedad. Es cierto que Mascareño reitera varias ideas fundamentales de la teoría sistémica de la sociedad a lo largo del texto, lo que permite efectivamente ver en él un apoyo para la no siempre fácil tarea de entender a Luhmann y los luhmannianos. No obstante, se trata fundamentalmente de un libro cuya pretensión es ofrecer una interpretación sistémica de la trayectoria latinoamericana de la modernidad y sus diversas expresiones en ámbitos tan diversos como la educación, el derecho o la política. Pero no se trata sencillamente de aplicar una teoría general a un caso particular, como pudiera ser entendido el tipo de operación que realiza Mascareño con este libro, sino que se trata también de un trabajo de construcción teórica, a partir de lo que la propia experiencia de América Latina aporta para la comprensión de la forma en que se estructura la modernidad en la región.

Mascareño entiende por modernidad lo que la teoría de sistema describe como las consecuencias estructurales y semánticas de la sociedad funcionalmente diferenciada. En este sentido, *Diferenciación y contingencia en América Latina* analiza precisamente el modo en que opera en esta región una variante de la diferenciación funcional que Mascareño llama diferenciación concéntrica, distinta de la diferenciación funcional policéntrica, predominante en la mayoría de las sociedades europeas. Esta última se caracteriza por una diferenciación de la sociedad en una serie de sistemas parciales acoplados estructuralmente entre sí, orientados a la solución de determinados problemas funcionales de cara a la complejidad que enfrentan las sociedades modernas y en los que sus operaciones específicas se guían por un medio que hace posible su autonomía y su clausura operacional sin que ellas interfieran con las operaciones de los restantes sistemas parciales. Se trata de una diferenciación policéntrica por cuanto ninguno de los sistemas parciales hace las veces de centro desde el cual se regula, coordina, orienta o dirige la sociedad como un todo. Siendo cada uno de ellos diferente de los demás e irremplazable en cuanto a la especificidad de la función que cumplen en la sociedad, no hay jerarquía ni relaciones de orden entre ellos.

En cambio, la forma que adopta la diferenciación funcional en América Latina sería, según Mascareño, más bien de carácter concéntrico. Esto es, no precisamente

la falta de diferenciación funcional sino más bien la existencia de una variante de esta según la cual el medio específico del sistema político, el poder como medio de comunicación simbólicamente generalizado, se disemina más allá de los límites del sistema político y coopta a los restantes sistemas funcionales imponiendo en ellos limitaciones a su propia autonomía y despliegue de sus operaciones autorreferenciales. Esto no quiere decir que se borren las fronteras o contornos entre los sistemas funcionales, al punto de que la economía o la ciencia en América Latina pasen a ser simplemente una extensión del sistema político. Por esa razón es que Mascareño insiste en que en nuestra región sí prima la diferenciación funcional, sólo que en este caso su estructura es distinta a aquella estructura policéntrica que existe en las sociedades europeas, por cuanto ha sido el sistema político el que ha ocupado el centro de la sociedad, ejerciendo un efecto sobre los restantes sistemas, semejante al efecto que puede ejercer un gran planeta sobre otros de menor tamaño en un campo gravitatorio.

La relevancia que tiene el concepto de diferenciación funcional concéntrica radica en el hecho de que con ella resultan inteligibles no solamente algunos de los fenómenos que forman parte del imaginario europeo acerca de las sociedades latinoamericanas (corrupción, violencia, populismo, entre otros) sino que además permite explicar algunas de las paradojas que parecen producirse en América Latina, tales como la combinación de formas de exclusión y de inclusión que no necesariamente se deslindan en forma tan nítida ni remiten a espacios informales y formales, respectivamente, como se solía entender en el marco de las sociologías de la modernización, por ejemplo. Mascareño aborda precisamente el análisis de estas complejas formas de combinación a partir del modo en que las redes informales de estratificación y reciprocidad operan para asegurar una inclusión en ámbitos funcionalmente diferenciados en los que de otro modo no sería posible para los individuos participar de sus rendimientos funcionales.

Pero la originalidad del tipo de sociología que ofrece Mascareño no radica únicamente en la novedad que significa aplicar la teoría de sistemas de Luhmann al análisis de las sociedades latinoamericanas. En última instancia, cualquier lectura de la realidad de la región a base de una determinada teoría procedente de otras regiones del globo podría pretender originalidad en ese sentido. No radica ahí lo fundamental, en mi opinión, sino en el hecho de que el marco conceptual desde el que emprende la tarea de interpretar la trayectoria latinoamericana de la modernidad a la luz de la teoría de sistemas es rebasado y con ello es la propia teoría de sistemas la que ve incrementada su propia complejidad con el tipo de problemas a los que la confronta Mascareño. De este modo, así como está muy lejos de ser este un libro de divulgación al estilo de los que algunos seguidores de Luhmann nos

han brindado, lo está también de las aplicaciones simplistas de una determinada fórmula teórica, o del apego irrestricto al canon con el que muchas veces se suele distinguir a los genuinos seguidores de un gran teórico, de quienes no lo serían.

Pues bien, en este aspecto Mascareño no solamente integra en su reflexión los aportes de otros teóricos de sistemas que han contribuido a la apertura cognitiva de esta teoría, como es el caso de Willke, Teubner o Stichweh, sino que también contribuye con su propia heterodoxia al desarrollo de una teoría de sistemas que bien puede reivindicar su carácter latinoamericano, pues ha sido esta región la que ha gatillado el tipo de reflexión que lleva a distinguir esta variante estructural de la diferenciación funcional a la que Mascareño llama diferenciación concéntrica. Pero para ello ha debido sortear el problema de cómo dar cuenta de América Latina sin caer en el error de identificar a la sociedad con determinadas unidades territoriales. Vale decir, si hoy en día la comunicación constituye como unidad a la sociedad mundial, sin ser esta última un simple agregado o sumatoria de sociedades identificadas con el Estado-nación o con determinadas unidades territoriales o geográficas, sino un sistema social que abarca a toda la comunicación que se produce en el mundo, cabe preguntarse por la validez de una descripción que recurre a la identificación de un conjunto de países o Estados como una unidad diferente a otra conformada también por un conjunto de países o Estados.

En este punto, Mascareño distingue diversos niveles de articulación de la sociedad mundial. Así, la sociedad mundial articula los niveles territorial, regional y global, cada uno de los cuales opera en un contexto de referencia específico (territorio, espacio y comunicación, respectivamente). En cada uno de ellos se materializan los modos de operación de la diferenciación funcional a nivel supranacional y es en el nivel regional donde Mascareño cree ver la posibilidad de aprehender a América Latina. De este modo, esta última sería una región de la sociedad mundial, como lo es también Europa, en la que la diferenciación funcional adquiere contornos y formas específicas. Si la diferenciación funcional identifica la forma en que se organizan las operaciones comunicativas en la sociedad mundial, la diferenciación concéntrica y la diferenciación policéntrica identifican la forma en que se materializa dicha diferenciación en dos regiones distintas de la sociedad mundial.

Aquí Mascareño recurre a la conocida distinción que introduce Humberto Maturana entre organización y estructura. La primera define aquellas relaciones fundamentales que constituyen a una unidad como una unidad de una cierta clase, y la segunda define la forma en que dichas relaciones se materializan estructuralmente. Así, la organización de una unidad o un sistema puede materializarse en estructuras diversas, cada una de las cuales debe ser entendida como una variante estructural de la primera.

El modo en que el libro resuelve el problema de contar con las distinciones apropiadas para describir la operación de la modernidad latinoamericana ilustra bien la magnitud del trabajo teórico que Mascareño ha emprendido. Dividido en dos partes principales, el libro reúne en la primera de ellas un conjunto de artículos en los que se formulan los fundamentos teóricos de la diferenciación funcional concéntrica, llegando inclusive a sofisticadas formulaciones que alcanzan un muy elevado nivel de abstracción, tal como ocurre con el segundo capítulo, en el que se abordan algunos problemas propiamente teóricos de la teoría de sistemas a la luz de la forma que adopta la diferenciación funcional en la región. La utilización de una lógica de las distinciones que resulte apropiada para el tipo de operación de los sistemas funcionales estructurados concéntricamente y la aplicación de un modelo de temporalización de la autopoiesis para esta variante de la diferenciación funcional, constituyen otros dos desarrollos teóricos cuyos rendimientos analíticos le permitirán a Mascareño poder ofrecer una teoría de sistemas *de* América Latina que permita interpretar sistémicamente la trayectoria latinoamericana de la modernidad.

Este esfuerzo por sentar las bases de una teoría de sistemas de América Latina no tendría sentido si no sirviera para permitir una descripción también empíricamente plausible de la trayectoria latinoamericana de la diferenciación funcional. En este punto, el libro ofrece en la segunda parte un conjunto de artículos que analizan las condiciones en que opera la diferenciación funcional concéntrica, en términos tanto estructurales como semánticos.

Así, Mascareño emprende el análisis del derecho latinoamericano a la luz de las tensiones entre validez y facticidad que surge de la forma concéntrica de diferenciación funcional. En la misma línea, analiza también la semántica de la unidad en América Latina durante el siglo XIX y la tensión de esta evidencia de cara a los procesos de estructuración de la diferenciación concéntrica durante el siglo XX. Para ello se sirve de la producción ensayística, literaria y sociológica como forma de aprehender las descripciones y autodescripciones de las sociedades latinoamericanas en este contexto de transformaciones estructurales de la modernidad latinoamericana.

Del mismo modo, analiza también los desafíos que enfrenta la educación en el marco de una modernidad que parece obligarla a abandonar la idea de la construcción de la unidad de las sociedades latinoamericanas, tal como ha sido el modelo educativo desde el siglo XIX, y transitar hacia una educación que sea capaz de hacer frente a la complejidad que ofrece la sociedad contemporánea, mediante la coordinación de las diferencias de un mundo cada vez más diverso y contingente. A su vez, se interroga por las posibilidades que ofrece el sistema

educativo para asegurar el principio de igualdad que subyace a la semántica de la unidad en América Latina el que, paradójicamente, debe hacer frente a crecientes demandas diferenciadoras que lo ponen también en tensión. Es en este mismo contexto de una diferenciación funcional concéntrica que Mascareño se interroga acerca de las posibilidades de una sociedad del conocimiento.

En un tono más polémico, Mascareño ofrece una interpretación sistémica del golpe de Estado de 1973 en Chile. De todos los artículos que incluye el libro, es en mi opinión el menos interesante desde una perspectiva teórica. Hasta cierto punto resulta esperable el tipo de interpretación que se hace de aquel acontecimiento y el esfuerzo por traducir a términos sistémicos algunos de los enunciados más conocidos con los que se suele describir el golpe militar, sus causas y consecuencias. Ciertamente, no es trivial afirmar que el golpe en sí fue una conducta notificadora altamente exitosa. Sin embargo, queda la impresión de que el esfuerzo por interpretarlo en términos de una teoría de la comunicación constituye un ejercicio cuyos rendimientos teóricos aparecen débiles, en especial para aquellos lectores que no adoptan la perspectiva sistémica. Si finalmente los hechos no son la medida de validez de las proposiciones teóricas, como se afirma en el texto, y el mundo es mera construcción comunicativa, la descripción que ofrece Mascareño pasa a ser una descripción de la descripción, que es lo que sin duda realiza la sociología, en rigor. No obstante, emprender una estrategia contrafáctica como esta, donde lo que interesa es comunicar acerca de la comunicación, interpretar las interpretaciones y describir las descripciones, sin que los hechos sean utilizados como criterio de validación de esas mismas descripciones, corre el riesgo de terminar siendo una curiosa historia pero no más que eso. Creo que, más que ofrecer una explicación novedosa sobre el golpe de Estado, la comunicación de Mascareño constituye una provocación, o habría que decir irritación, que difícilmente dejaría indiferente a la tradición intelectual y política a la que tácitamente se dirige. No por nada concluye con la reformulación de la famosa decimoprimer tesis sobre Feuerbach. En este caso, el llamado de Mascareño es, al contrario de Marx, un llamado a interpretar el mundo, en lugar de intentar transformarlo. Esto último es lo que el capítulo final del libro, escrito en conjunto con Daniel Chernilo, entiende como la necesaria superación del obstáculo metodológico de la sociología latinoamericana. Hasta aquí, los sociólogos han entendido la sociología como una herramienta de transformación o de modelamiento de la sociedad. Por cierto, eso ha sido consecuencia de la propia diferenciación concéntrica y el primado que el sistema político, a través del medio poder, ha establecido en nuestra región.

Sin embargo, cabe preguntarse si acaso el predominio que ha adquirido el sistema económico, particularmente el mercado, no ha significado también una disemi-

nación extraeconómica del medio dinero y cuánto de ello obedece a decisiones políticas que responden a intereses de actores colectivos determinados. Tal como lo reconoce Mascareño ante la tesis de Norbert Lechner acerca del advenimiento de la sociedad de mercado, la trayectoria de la modernidad latinoamericana no parece dirigirse a una diferenciación de carácter policéntrico, sino más bien estaría experimentando una recomposición de dicho centro en el que el lugar de la política lo ocuparía esta vez el mercado. Ahora bien, si esto ha sido resultado de una suerte de deriva evolutiva y no de la intervención de actores colectivos, ni ha sido tampoco resultado de una orientación contextual al modo que la proponen Mascareño y Willke, es algo que debería ser objeto de discusión. Por cierto, siempre es posible afirmar que la imposición del denominado Consenso de Washington, los actos de injerencia del gobierno estadounidense en América Latina o la imposición de dictaduras militares que parecen haber encontrado en la guerra sucia una suerte de vía expedita a la autonomización funcional, no son más que descripciones. Más aún, tal vez no se trate sino de descripciones de primer orden, en especial cuando nos topamos con la semántica del sufrimiento. Sin embargo, pienso que así se corre el riesgo de caer en una posición ingenua o abiertamente cínica ante la evidencia del modo en que operan también redes informales de reciprocidad que actúan mediante la violencia, la corrupción y la influencia para asegurar privilegios y oportunidades que a la mayoría se les niega. Sin que la sociología deba renunciar a su condición de ciencia y tenga que transformarse en práctica política, hay espacio para que pueda contribuir si no a la solución, al menos a la comprensión adecuada de los obstáculos que aún le impiden a América Latina asegurar bienestar y libertad para todos quienes viven en esta región de la sociedad mundial.